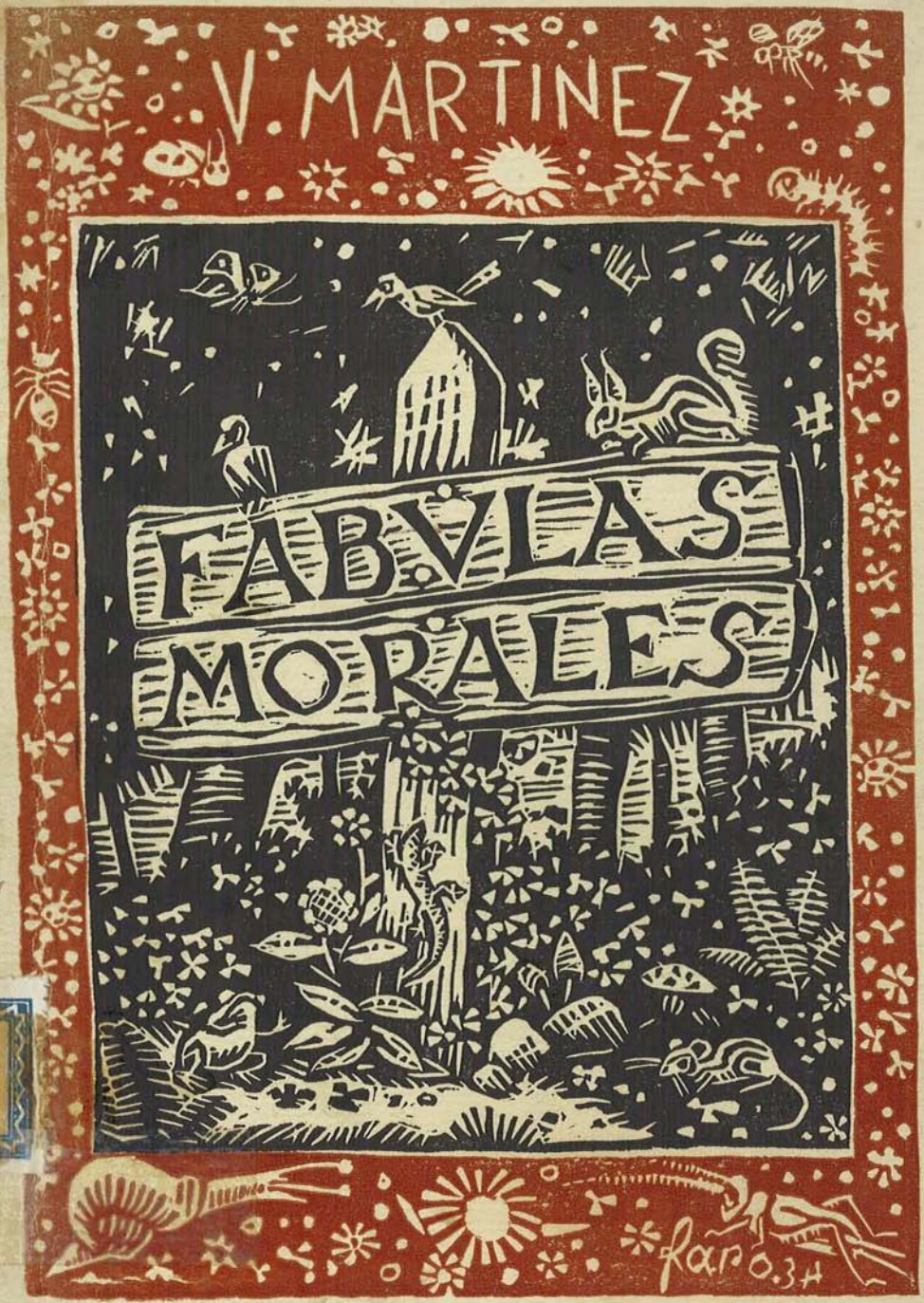

V. MARTINEZ
FABVLAS
MORALES
Raro 0.34

895

1482

860.1
MAR

FÁBULAS MORALES

9 - 1 - 16

FA/2276

FÁBULAS MORALES

EN VERSO CASTELLANO, Y EN VARIEDAD
DE METROS, AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

por el Ilmo. Sr.

D. VICENTE MARTÍNEZ GÁMEZ

Camarero de honor de S. S, in ábito paonazzo; Doctor en Ciencias Naturales; Catedrático, por oposición, de Historia Natural y Fisiología e Higiene en el Instituto nacional de Segunda Enseñanza de Castellón, etc. etc.

Segunda edición.—Reformada

(Con licencia)

Monos, grabados sobre linoleum, de José M.ª Faro.

CASTELLÓN
Imp. de Joaquín Barberá
1934

15=

9-1-16

R 895

ES PROPIEDAD

A LOS NIÑOS

A vosotros, jovencitos,
que acudís a las escuelas
a educaros e instruiros
en la virtud y en la ciencia,
os ofrezco con cariño
los ocios de mis tareas:
unas cuantas fruslerías
a modo de fabulejas,
cosa que siempre a los niños
les divierte y les alegra.

En ellas veréis descritas
mil caprichosas escenas

que no por ser caprichosas
dejan de tener trastienda.
Los monos y los ratones,
en su pintoresca lengua,
lo mismo que el zorro, el buitre
y otros seres de esa cuerda
os enseñarán verdades
que el más listo no dijera.

Leedlas con interés,
porque tienen todas ellas
datos para que podais
ser felices en la tierra,
practicándolos, y luego
también en la gloria eterna.

¡Ojalá que su lectura
ese fruto os produjera!
¡Entonces si que sería
bien pagada mi tarea...!
pues no aspiro, Dios lo sabe,
a más noble recompensa.

A LOS LECTORES QUE YA NO SON NIÑOS

CUATRO PALABRAS A GUISA DE

PRÓLOGO

La Fábula, o apólogo, según los *Preceptistas*, es una composición poético-mixta, que tiene por objeto desenvolver alguna acción alegórica, atribuida, por lo común, a los animales, y por término corregir las costumbres (Salvador Arpa). Lo cual quiere decir, bien interpretado, que la fábula es una especie de *Sátira*.

¿Qué es, en efecto, la Sátira?

Una composición poética que se propone censurar y ridiculizar los vicios de los hombres.

No es otro, en verdad, el objeto de la fábula: censurar y ridiculizar ciertos vicios, para que lleguen a ser aborrecidos, inoculando al par la virtud en el ánimo.

De donde se infiere que si la fábula censura los mismos vicios que la sátira, lo debe hacer también de una manera análoga.

Y ¿cuáles son los vicios o defectos censurados por la sátira?

Oigamos al poeta JUVENAL:

«*Quidquid agunt homines: timor, ira, voluptas, gaudia, discursus, nostri est farrago libelli*».

Es decir: todas aquellas cosas que traen y llevan a los

hombres; sus temores o zozobras; sus iras, enconos y arrebatos; sus placeres y amores ilícitos; sus alegrías y pasatiempos; sus discursos o conversaciones; en una palabra, todos los vicios dignos de odio o de risa.

¿Cómo censura la sátira estos vicios?

La sátira dice el ínclito poeta bilbilitano MARCIAL, si ha de ser decorosa, no debe ser personal, es decir, no debe nunca atacar al *vicioso*, sino al *vicio*, como lo recomienda en uno de sus bellísimos epigramas:

«*Hunc servare modum nostri novere libelli:*
parcere personis, dicere de vitiis».

Por consiguiente, para que la fábula sea buena ha de llenar cumplidamente esa ineludible condición: atacar y combatir el vicio directamente y en sí mismo, pero jamás al vicioso.

De este modo la fábula resulta una verdadera escuela de costumbres.

El *lectorem delectando pariterque monendo*, de HORACIO, tiene, sin duda alguna, más cabida, y tal vez más eficacia en la fábula que en ninguna otra composición poética. Es la única manera de decir la verdad con fruto, sin ofensa del delincuente; porque, de lo que se dice en general, nadie se da por aludido.

Y si a esto se añade el carácter novelesco de los niños y lo impresionable de su tierno corazón, vendremos de seguro a concluir que la fábula moral o parábola doctrinal es hasta necesaria para grabar en su memoria de una manera eficaz sus futuras obligaciones. Es tal su modo de ser, que más le conmueve un hecho práctico y determinado que tres mil dogmáticas lecciones.

Los preceptos de moral, no cabe duda, enseñados de palabra solamente, se olvidan con facilidad; pero, cuando se presentan de un modo concreto, haciendo hablar, por ejemplo, a un animal, se graban tenazmente en la memoria

y con más facilidad se llevan, o pueden ser llevados, a la práctica.

Es la fábula moral, por consiguiente, un elemento educador de primer orden, en alto grado civilizador, que, bien manejado por un hábil y honrado pedagogo, puede llegar fácilmente a modelar con fruto el carácter y tendencias del niño, orientándolo hacia el bien y apartándolo del vicio. En la niñez, por desgracia, comienzan muy luego a surgir, a levantar la cabeza, las pequeñas pasiones que no dominadas entonces, cuando apenas tienen raigambre todavía, subyugan después al hombre cual tiranos, convirtiéndole, por ende, en un verdadero esclavo, es decir, haciéndole temporal y eternamente desgraciado. ¡Ojalá no confirmase la triste realidad presagio tan amargo!

No fué mi propósito escribir un libro magistral de fábulas, convencido como estoy de mi poco valer y de lo difícil de este género literario. Puede creerlo el lector sinceramente. Fueron mis pretensiones más modestas. Solo me propuse poner en manos de la juventud un libro de lectura amena—¿no lee habitualmente novelas insulsas cuando no pornográficas y subversivas?—para que beba las más sanas doctrinas de moral, y se empape de ellas, con el aliciente siempre agradable del apólogo, sin descuidar, empero, ni preterir, los preceptos del *Arte métrica.*

Si eso logro, se verán cumplidas mis únicas aspiraciones al escribirlo.

El autor.

FÁBULA I

El Caminante y la Luciérnaga

Allá por los años mil,
—cuando hablaban los gusanos—
encontróse un caminante
cierta luciérnaga al paso.
Era de noche; la luna
no brillaba en el espacio;
por doquier la obscuridad
tendía su negro manto.

Al ver el hombre la luz
que arrojaba aquel gusano

sintió envidia, y se decía:
si yo tuviera ese faro
caminara más tranquilo,
sentara mejor los pasos,
y no que llevo los pies
heridos por los guijarros.

El gusano que lo oyó,
—¿ignoras, hombre insensato,
le dijo, que tú también
tienes un hermoso faro
que te alumbra en el camino
de la vida, hasta el ocaso?
Nuestra dicha aquí termina
en estos míseros campos,
y el Señor nos dió tan sólo
débil luz con que alumbrarnos;
pero al hombre, cuya vida
salva el tiempo y el espacio
y ha de durar en el cielo
por interminables años,
le dió otra luz más brillante,
le dió más potente faro.

—Y tú ¿qué entiendes de eso
para echártelas de sabio?

¿en dónde lleva la luz?
¿qué faro ni qué ocho cuartos?

—Faro y luz es... la Razón,
con la cual vé los obstáculos
que en el camino del bien
suelen ocurrirle al paso.
Con ella alumbra su vida;
con ella alumbra sus actos;
el bien con ella del mal
puede discernir muy claro,
y no le valdrán excusas
cuando hubieren de juzgarlo.
Así, pues, no tenga envidia
el hombre de un vil gusano,
porque su fin es más grande,
y más potente su faro.

—Tienes razón, amiguito;
muchas gracias, gusarapo;
ni el filósofo más hondo
habla cual tú me has hablado;
no olvidaré la lección
y... ¡Dios te lo pague, hermano!

Lo dicho por la luciérnaga
no requiere comentarios.

FÁBULA II

El Gendarme y el Niño

Por querer hacer el oso
en cierta plazuela un día
un gendarme reprendía
al niño Pedro Raboso.

¡Váyase el Autoridad,
le contestó, noramala!
¿no vé que de ello hace gala
hoy toda la sociedad?

¿Por qué me reprende a mí
que soy el menos culpable?

¡envaine, pues, ese sable;
no se dé tanto postín!

A otros debe reprender,
no a un niño, porque, si hay culpa,
en él cabe la disculpa
de su poca edad ¡rediez!

Métase con los mayores;
emplee con ellos su saña,
que, si lo hace con maña,
obtendrá frutos mejores.

Echando campana a vuelo,
así contestó el rapaz;
y el guardia no fué capaz
de chistarle al mocosuelo.

El niño tuvo razón;
sí, señor, es evidente.
Discúrrase sin pasión
y se verá claramente
que en este mundo engañoso,
en las costumbres y modas,
ridículas casi todas,
se hace con frecuencia el oso.

FÁBULA III

Los dos Barbos

Refiere un historiador
de mucha fama—no es cuento—
que un pez barbo a otro decía
en un remanso del Ebro:

—Hágote saber, amigo,
que me revienta en extremo
tener que estar en el agua
en vida y en muerte preso.
El agua nos dió el origen;
el agua nos da el sustento,

y en el agua, de seguro,
dejaremos el pellejo.
Dime, compañero, a tí
¿no te sucede lo mesmo?
¡Imitar cumple a la rana
que vive en agua y en seco!

Esto diciendo, a la orilla
se trasladó muy contento,
y luego, de salto en salto,
íbase por tierra adentro
tan alegre como chico
que estrena zapatos nuevos.
¡Qué hermosura! ¡qué primor!
¡vaya un piso, compañero!
¡salta del agua, no temas!
¡deja de una vez el cieno!

Pero en esto sus agallas
al aire se endurecieron,
y sin poder respirar,
en seguida quedó muerto.

El otro barbo que vió
lo ocurrido al novelero...
—verá si llego a salir...!

¡buena me esperaba...! ¡¡adentro!!
dijo, y zambulló en el río
su resbaladizo cuerpo,
con tal violencia que a poco
roza en el fondo del Ebro,
y, recobrado del susto,
exclamó en tono profético:

A cada cual puso Dios
en su sitio verdadero;
quien no se mantenga en él,
no olvide, si tiene seso,
lo que le ocurrió a mi amigo
en las orillas del Ebro.
¡Nadie es quién para alterar
las leyes del Universo!

FÁBULA IV

El Caracol y la Babosa

Iba por una senda
larga y tortuosa
cierta tarde de invierno
un caracol,
y saliéndole al paso
doña babosa
—¿a dónde vás? le dijo:
¿buscas el sol?

Mas ¡calla! ¿qué miro?
¿qué cosa es esa

que llevas a la espalda?
¿qué es eso? dí.
—Y el caracol responde:
no tengas priesa,
hermana, que el asunto
no es baladí.

Este bulto que llevo
con tal trabajo
es la casa en que siempre
he de morar.
Con ella trepo y subo,
con ella bajo,
con ella a todas horas
sin descansar.

—Pues estás arreglado
con tu casita,
sin poder un momento
de ella salir...!
¡valiente pejiguera!
—Que sí, hermanita;
tan horrible castigo
he de sufrir...

—¿Castigo dices?— Oye
toda la historia:

mis abuelos andaban,
según yo sé,
sin ese bulto a cuestas,
y daba gloria
verlos andar aprisa,
casi correr...

Pero luego se dieron
de lleno al vicio;
no iban a sus casas
ni aún a dormir,
y Jove que lo supo,
en sacrificio
mandó que sobre el hombro,
hasta morir,

---

la casa transportasen
de noche y día;
y desde aquel momento,
¡tén compasión!
los caracoles andan,
querida mía,
llevando siempre encima
la habitación.

—Fué el castigo terrible,
pero muy justo,

replica la babosa,
al escuchar
tan trágica desdicha;
¡mira qué a gusto,
sin ese bulto a cuestas,
voy yo al andar!

—Es verdad, compañera;
y si los míos
no hubiesen abusado
iría yo
lo mismo que tú marchas,
y con tus bríos;
pero no hay remedio...
¡sea por Dios!

Seguiré mi camino
y... ¡adiós! babosa;
ya sabes por qué causa
me encuentro así.
Si cumples tus deberes
serás dichosa:
si no los cumples, mucho
temo por tí.

Y se fué. Pero ahora
yo de mi cuenta,

una breve postdata
quiero poner,
que si bien se medita,
y se comenta
frutos muy saludables
puede traer:

Si el hombre por abusar
de la libertad sufriera
un castigo semejante...
¡¡cuánto caracol no hubiera!!

FÁBULA V

La Tortuga y el Lagarto

Paso a paso, con cachaza,
según costumbre, una vez
caminaba una tortuga
por el campo en Marraqués.

Un lagarto, que cruzaba
por allí a todo correr,
le dijo en tono de burla:
¡cuidado con un traspiés!

¿No comprendes que a ese paso
nada hallarás que comer?
¡Despabílate un poquito!
¡deja ya esa pesadez!

—Muchas gracias, seor lagarto,
vaya en paz vuesamercé,
que yo me busco la vida
como puedo y como sé.

Le agradezco sus consejos
y lo mismo su interés,
pero déjeme tranquila
que yo me las compondré.

No por mucho madrugar
antes ha de amanecer,
como nos dice un adagio,
que, sin duda, ignora usté.

A lo mejor con las prisas
lo echamos todo a perder,
y al cabo de la jornada
hay que empezar otra vez.

Siga, siga su camino
como Dios le dé a entender,
y no se meta en asuntos
en que no tiene que ver.

¡Buena repulsa al lagarto...
y buena al hombre también!
porque nadie ha de meterse,
aun pretextando interés,
en los asuntos ajenos,
sin pedirle parecer.

FÁBULA VI

La Culebra, el Ratón y el Mono

Un cazador afamado,
que vivió en lejanas tierras,
a quien nunca falló un tiro
ni se le escapó una pieza,
un coto tomó en arriendo
al lado de hermosa vega.

La caza allí era abundante;
los conejos a docenas
saltaban de entre las matas
al crujir la hierba seca.

Pronto, sin saber por qué,
los conejos escasean;
y, por si algún cazador
intruso la causa fuera,
un guarda de noche y día
puso allí de centinela.

Pero no eran cazadores;
unas alimañas eran
las que el pánico sembraban
en toda la tropa aquella.
Entonces redes y cepos,
trampas de formas diversas
colocó el astuto guarda
en medio de la maleza.

A poco quedó enredada
una pérfida culebra,
que iba a devorar gazapos
por todas las madrigueras.
Al verse en aquel estado,
segura de muerte cierta,
entre mil retortijones
yergue al aire la cabeza,
y con ayes lastimeros
auxilio pidió en su pena.

Un ratoncillo que oyó
los gritos de la culebra,

—¿en qué te puedo servir?
le dijo; dime, contesta.
Y la serpiente:—por Dios
te pido rompas la cuerda
que me tiene aprisionada
de este modo; considera
que tú también puedes verte
en tan angustiosa pena,
y querrás que alguna mano
generosa te defienda.

Enternecido, el ratón
afiló bien la herramienta,
y en dos tajos quedó libre
de la trampa la culebra.
Entonces la ingrata sierpe,
libre de apuros, ya suelta,
quiso devorarlo, en pago
al favor que recibiera.

—*¡Socorro... piedad... socorro!*
gritaba el pobre. Y se acerca
un mono—¿Qué pasa aquí?
dijo ¿qué algazara es esta?
—Señor, clama el ratoncillo,
esta maldita culebra,
que se hallaba en esa red
entre las mallas sujeta,

me pidió auxilio, yo al punto
mordí con afán las hebras
y la liberté, y ahora
me quiere comer perversa.

—Eso es mentira, señor,
replicó la mala hembra;
ningún favor me ha prestado;
todo es falso.—Con voz recia
dijo el mono: para ver
de dirimir la contienda
y de dar a cada cual
lo que sus obras merezcan,
vuelva a la trampa ahora mismo
la sierpe, y el caso vea
cómo se verificó
y dictaré la sentencia.

Obedeciendo, la sierpe
entre las mallas se enreda,
y el mono, en tono burlón,
le propinó esta receta:

¡Quédate ahí, so bribona
y, si es que puedes, te sueltas!
porque el ingrato no es digno
de que se le favorezca.

FÁBULA VII

Júpiter, el Ratón y la Culebra[1]

Devolver mal por el bien
siempre fué falta notoria:
quién no vuelva bien por bien
escuche atento una historia.

Buscando qué comer en un cercado
sierpe de torvo ceño,
en un lazo cayó, que preparado
teníale su dueño.

(1) El mismo argumento de la Fábula anterior, expuesto de otro modo en versos diferentes.

A un ratón, que al acaso discurría
por allí, divisó,
y, viendo que librarse no podía,
en su auxilio llamó.

—Sálvame por piedad, dijo, no lerda;
líbrame presuroso;
no temas acercarte; roe la cuerda
y yo te haré dichoso.

Compadecido de su suerte ingrata,
con gran celeridad
mordió y mordió el pariente de la rata
y le dió libertad.

Apenas se vió suelta la serpiente
se lanza decidida
contra el pobre ratón a cuyos dientes
debíale la vida.

Entonces éste requirió en su ayuda
a Júpiter piadoso,
y, al ver el dios su situación tan cruda,
le asiste presuroso.

—Qué te pasa? le dijo—Esta culebra
quiere, añade, el ratón,

tragarme sin piedad, cuando la hebra
mordí de su prisión.

—¿Y así te atreves, a la sierpe dijo,
a pagar un favor?
—¡Por mi vida que no; yo sé de fijo
que no hubo tal, señor!

—Pues bien, repuso el dios: para que cierta
sentencia pueda dar
colócate en la trampa, si no muerta
vas al punto a quedar.

Y, viendo yo tu situación al vivo,
como tengas razón,
me tomaré venganza con motivo
del infame ratón.

La serpiente, obedeciendo, muy sumisa,
a la trampa se vuelve,
y el gran Jove, muriéndose de risa,
de este modo resuelve:

¡Púdrete ahí, so bribona,
entre esas mallas sujeta!
porque el ingrato no es digno
de que se le favorezca.

FÁBULA VIII

La Violeta y la Madreselva

En un vistoso jardín,
al pie de gentil palmera,
besando el humilde suelo
hallábase una violeta.

Por el tronco de aquel árbol
trepaba una madreselva,
y, ufana de su estatura,
así a la del suelo increpa:

—¡Cuidado que vales poco...!
¡cuidado que eres pequeña...!
¡mira yo qué esbelta soy...!
¡infeliz! ¿no te avergüenzas?

—Pero ¿de qué te envaneces,
orgullosa madreselva,
si subes porque te apoyan
y no por tus solas fuerzas?

Sin ese apoyo, me quieres
decir qué te sucediera?
Entonces cual culebrón
te arrastraras por la tierra.

¡Déjate de presumir...!
y pues la altura que ostentas
no es tuya, sino del árbol...
¡¡calla esa boca, soberbia!!

¡A cuántos hombres del día
aplicárseles pudiera
lo que la violeta humilde
contestó a la madreselva!
Suben... porque otras personas,
sin méritos, los elevan,
y luego a los infelices
con vil orgullo desprecian...!

FÁBULA IX

El Leño del Escultor

Por casa de un escultor
pasaba yo cierto día,
y escuché una algarabía
tan bella que es un primor.

Fué que un leño sin labrar
a otro ya en forma de *Santo*
le decía: ¿cómo tanto
has podido progresar?

¿No fuiste tú hermano mío?
¿por qué entonces de esta suerte
querido, consigo verte
con tan hermoso atavío?

¿Cómo tal evolución?
tu nueva forma no entiendo,
y no extrañes si pretendo
de ello saber la razón.

—Pues escucha atento, hermano:
en el bosque un leñador
me cortó, y por su valor
me vendió a cierto artesano.

El artesano fué luego
y me vendió nuevamente
a este escultor excelente
que, según dicen, es griego.

Trabajando sobre mí
y quitándome madera
con mano diestra, severa,
logró modelarme así.

No te admires de la cosa:
con trabajo y con empeño

puede convertirse un leño
en una estatua preciosa.

Si a tí te labran, me creo
te hubiesen dejado igual;
¿lo entiendes ya?—Sí, cabal,
dijo el otro: ya lo veo.

Pues no olvides la lección
que el leño del escultor
te dá, curioso lector,
porque esa fué su intención.

Que es también el ser humano
tosco leño sin labrar:
Si quiere, pues, progresar,
cargue sobre sí la mano.

¿Estorba un vicio? A cortarlo
con toda solicitud,
y por contraria virtud
poco a poco suplantarlo.

¿Que otro estorba? Pues lo mismo:
sin contemplación ninguna
cortar de nuevo asimismo,
que en ello va su fortuna.

Y así, paulatinamente,
mas sin dejar de cortar,
el hombre puede llegar
a ser persona excelente.

FÁBULA X

El Grillo y la Langosta

Cierta tarde de verano,
en un campo de centeno,
se tropezó una langosta
con un grillo, y se dijeron
frases gruesas los malditos
en altercado tremendo;
aquella desde una espiga,
este en tierra, desde el suelo.

—¿Me quiere decir el grillo
por qué siempre, en todo tiempo,
su monótono *gri-grí*
no deja por un momento?

¿No conoce que molesta?
¿ignora que eso no es bueno?
Tanto *grí-grí* nos delata
y nos pone en grave aprieto,
porque, si viene, las cuentas
nos ha de ajustar el dueño.
Déjese, pues de cantiñas
y guarde pronto silencio;
de lo contrario, verá
lo que le sucede a Orfeo.

—¿Con que molesta mi canto?
replicó el grillo muy tieso;
mi canto no perjudica
ni poco ni mucho al dueño,
y, como yo no obro mal,
por qué callarme no tengo;
no me da la gana ¿sabes?
no quiero guardar silencio.
Si obrara bien la langosta...
si no comiera centeno...
si no cortara las cañas...
entonces...—Pero ¿qué es eso?
¿a censurarme se atreve
el mocoso cantorzuelo?

Y el grillo a todo correr
se metió en el agujero,

porque, si aguarda, langosta
le diera muerte en un verbo.

El grillo dijo muy bien;
se explicó como un maestro.
Al que obra bien no le importa
que lo sepa el mundo entero;
pero el que produce daños,
u obra mal, se oculta luego,
y, si con alguien tropieza,
quitarlo intenta de en medio,
para que no lo delate,
aunque de hacerlo esté ajeno.

FÁBULA XI

El Cántaro y la Fuente

Nunca jamás con el fuerte
el débil trabe pelea,
porque vencido saldrá,
según mi fábula prueba.

Un cántaro chocó un día
con una fuente de piedra
y resultó malparado
por ser más frágil que ella.

Otra vez chocó la fuente
con el cántaro, y... ¡miseria!
también le tocó perder...
abriose en partes diversas.

—¿Dirasme, por Belcebú,
dijo el cántaro a la piedra,
por qué siempre aporreado
salgo yo de la refriega?

Y, sonriendo, la fuente
le dijo en son de respuesta:
—¿No sabes cántaro necio,
y tonto de siete suelas,
que siempre que el débil lucha
con el fuerte se estropea?
¡Guárdate, pues, de chocar
otra vez con una piedra!

La fuente habló como un sabio;
dijo una buena sentencia:
quien la desprecie orgulloso
a las resultas se atenga.

E. N. MAGISTERIO-CASTELLON
BIBLIOTECA

FÁBULA XII

Don Ruperto y Don Fructuoso

¿Por qué causa (a don Ruperto
le preguntó don Fructuoso)
se vé ya casi desierto
el carnaval y tan soso?

¿Por ventura no recuerdas
que, siendo los dos muchachos,
vestían de mamarrachos
hasta las gentes más cuerdas?

—Pues eso, Fructuoso, tiene
una explicación muy clara:
que, sin taparse la cara
hace lo que le conviene

---

cada cual; antes servía,
dando rienda a las pasiones,
para mostrar lo que había
dentro de los corazones.

Mas hoy que falta el respeto,
la virtud y el pundonor,
el disfraz no tiene objeto.
—Estoy de acuerdo, señor.

Y yo también, caballeros.
Por desgracia hoy se hace el mal
a la faz del mundo entero
sin que llegue el Carnaval.

Y luego dicen que el mundo
progresa...! Sí, bien se nota
en el torpe vicio inmundo:
en la moral... ¡ni una jota!

FÁBULA XIII

El Zorro y los Pavipollos

En un pequeño lugar
de la provincia de Huesca
ocurrió un caso notable
muy digno de que se sepa.

Criaba pavos y pollos
una gallinita clueca,
porque tuvo ese capricho
su dueña, doña Lorenza.

Cuidábalos con ternura,
y, removiendo la tierra,
les enseñaba a comer
hormigas y otras cosuelas.

Cuando pequeñitos, todos
vivían en paz y en regla.
Pero luego que crecieron
y les asomó la cresta
a los pollos y su moco
a los pavillos, la guerra
más encarnizada y cruel
se encendió en la patulea.

Trataba de poner paz
la gallina con prudencia;
corregía a los culpables;
pero ¡nada! ¡ni por esas!
cada vez con más ardor
arreciaba la pelea.

Así se pasó algún tiempo,
hasta que un zorro de pega
consiguió de los pavillos
una entrevista secreta.
El zorro, con gran finura,
les dijo: Señores, vean

que es triste vivir así
con una madrastra necia;
que se queden con su mamá
los pollos y la obedezcan;
pero vosotros ¿por qué
vais a pasar esa afrenta?
Vosotros debeis ser libres
y hacer lo que en gana os venga.
Si me seguís, al momento
os enseñaré la senda
de la libertad.—Ufanos
los pavillos con la oferta,
se marcharon con el zorro
del pueblo hacia las afueras.

Pero... ¡qué desilusión!
Así que los tuvo cerca,
abrió la boca, y al punto
degolló media docena.
A escape, a todo correr
se volvieron con la llueca
los que quedaron a salvo
de los dientes de la fiera.

Eso mismo, jovencitos,
sucede a la gente necia.
No quieren obedecer
a los hombres de experiencia,

ni secundar sus consejos
como es debido, y se entregan
a unos cuantos charlatanes
embusteros, sin vergüenza,
que los explotan vilmente
con quiméricas promesas,
dejándolos boquiabiertos
y a la luna de Valencia.

¡Ojo, jóvenes amables!
¡Ojo con ellos! ¡¡alerta!!

FÁBULA XIV

El Aguila y el Buho

Sucedió aquí en España lo que digo:
lo sé de buena tinta y con testigos.

Ojo avizor, el campo recorría
de sus vastos dominios,
un águila imperial,
porque vió ya en peligro
la caza que su mesa abastecía.

Los sitios sospechosos
de manera especial escudriñaba,

por si en ellos oculto,
del verde en la maraña,
se albergara el ladrón facineroso.

Inútiles pesquisas;
nadie daba la cara; todo en vano.
La reina de las aves, tan temida,
en mal lugar quedara
de no tomar justicia por su mano.

Bien entrada la noche
era, sin duda alguna,
cuando el ladrón allí se introducía,
y decidió esperarle
al tenue claro-obscuro de la luna.

Oculta entre el ramaje
de corpulento pino,
inmóvil se quedó; y a poco un buho
se llega sin ruido,
salpicado de sangre su plumaje.

—¡Hola! ¿con que tú eres
grandísimo bribón, cara de diablo,
quien me roba la caza?
La sangre te delata, ruin villano...
¡se acabaron tus dichas y placeres...!

Ahora vas a ver de qué te sirven
esos ojos saltones,
esos cuernos en arco
y ese empaque de clown, pintiparado
para asustar a tímidos ratones.

—Perdona, majestad; no fuí yo solo
la causa de tu mal; otros ladrones
en este sitio entraron,
y, cada uno a su modo,
del botín más que yo participaron.

—No admito componendas...;
sólo a tí he sorprendido
y a tí castigaré, mal de tu agrado;
y como el más bandido,
por todos pagarás con tu pecado.

Y con furia clavándole
en pleno corazón sus recias garras,
sangrando a borbotones rodó al suelo
aquel ladrón infame,
y el águila, vengada, alzó su vuelo.

Ningún malvado espere
mejor final que tuvo el de este cuento.

A plena luz, con sombras,
con cómplices, sin ellos,
cuando menos se piense, no lo dude,
—y de asustar no trato—
la horma encontrará de su zapato.

FÁBULA XV

La Mosca y la Mariposa

Libando el dulce néctar de las flores
mariposa de espléndidos colores,
pasó junto a una mosca
y el bicho la increpó con frase tosca:

—¡Pues vaya unos colores que me gasta!
A mí, dijo, me basta
con este traje oscuro;
el tuyo es fanfarrón: yo te lo juro.

—Y ¿quién ha dicho nada?
replica la de vivos adornada;
¿me metí yo contigo?
escucha, insecto vil, lo que te digo:

Eso es, sin duda alguna,
que esquiva la Fortuna
contigo se mostró, y envidia tienes
porque en mí derramó todos bienes.
Mas no tiene remedio;
y aunque envidia te dé y te cause tedio,
tú siempre vivirás con ese traje
y yo con el ropaje
que a Natura le plugo regalarme,
y no tienes razón para insultarme.

En el hombre sucede
también alguna cosa semejante.
Cuando gozar no puede
de los bienes ajenos, difamante,
procura censurarlos.
Si tuviera la dicha de alcanzarlos....
entonces, de seguro,
que no criticaría; yo os lo juro.

Algunos a los ricos
motejan de soberbios y borricos;
pero, si ellos lo fueran...
callandito y con pan se lo comieran.
La envidia puede mucho;
y, por lograr aquello que censura,
el hombre en su locura
quemaría hasta el último cartucho.

La humana condición
pintó la mariposa a perfección.

FÁBULA XVI

El Hortelano y el Caracol

Por una mata de dalias,
hermosa, lozana y fresca,
caminaba un caracol
llevando la casa a cuestas.

Esta quiero, aquesta no,
de las hojitas más tiernas
iba comiendo, y los tallos
untando de baba fea.

—Así, ensuciando y comiendo,
con los cuernos siempre afuera,
se encaramó con cachaza
hasta las flores más bellas.
Al verlas él tan hermosas,
tan delicadas y frescas,
comió cuanto tuvo gana,
y... ¡el hortelano que llega!

—¿Que eso, caracolito?
¿no has encontrado en la huerta
otras cosas que comer...?
¿en estas flores te cebas?
Y no es eso lo peor,
sino que, sucio, estropeas
aquello por donde pasas
con la babaza que dejas.
Si al fin tan solo unas hojas
o alguna flor te comieras...
pero, ensuciármelo todo,
no es posible lo consienta:
¡vas a morir, vil canalla,
gran bribón, so sinvergüenza!

—¡Por Dios! dijo el caracol
con voz triste y lastimera;

perdóneme el hortelano
la vida, y se compadezca,
porque no soy tan culpable
como su mercé se piensa.
Yo ensucio por donde paso,
es verdad, pero no crea
que lo hago con malicia;
es por costumbre ya vieja
en todos los de mi casta,
pues que nacemos con ella.
Baba mis padres echaron,
y también la echó mi abuela;
así que, señor, perdóneme...!
¡tenga conmigo clemencia!

Aquella razón no pudo
convencer al de la huerta,
y cogiendo el caracol
lo estrelló contra una piedra.

Tampoco, niños amables,
la costumbre por añeja
que fuere disculpa al hombre
si causa daños con ella.
¡Ojo con ese enemigo!
¡Cerradle luego la puerta!

FÁBULA XVII

El Buitre y el Cuervo

Omnis saturatio, mala,
—ningún atracón es bueno—
escribió hace muchos siglos
el gran médico Galeno.
Y que no mintió el doctor,
ni se corrió de ligero,
lo prueba, niños amables,
la fábula que refiero.

El cadáver de un burro guipó un día
un buitre, y dijo: ¡bien! ¡esta es la mía!
Y, sin más cumplimientos, llegó al punto
y se cebó con ansia en el difunto.

Volando a la sazón por allí un cuervo,
cruzando el aire como el bosque el ciervo,
osado, preguntó en un periquete
cómo pudo topar aquel banquete.

—¿Por ventura el olor de un burro muerto
no llega a tus narices?—Sí, por cierto.
—Entonces, más que imbécil...!—Me dispensa
si pude al preguntar hacerte ofensa,
y te ruego me dejes, bondadoso,
disfrutar de festín tan oloroso.

—Por Júpiter que no; aquesta comida
me sirve a mí para alargar la vida;
¡ya te puedes marchar...! pues no te dejo
que pruebes ni una pizca de pellejo.
Y sin más añadir, su tragadero
hasta el tope llenaba el majadero.

Bofes, tripajos, huesos, asadura...
¡hasta el propio *morcón* con su basura

devoraba con ansia...! Unos pastores,
miedoso, los tomó por cazadores,
y, al ver que se acercaban, fué a volar,
y del suelo no pudo remontar.

Corrieron ellos, y, garrote en mano,
remataron entonces al villano.

El cuervo mientras tanto alzó su vuelo,
y, cerca de la cúspide del cielo,
el pico abrió, y, con hórrido graznido,
dijo al buitre: ¡lo tienes merecido!
¡paga, ansioso glotón, tu comilona
y mírense en tu espejo las personas!

Guarde el hombre, moderado,
del gran Galeno el consejo;
de lo contrario, el pellejo
le costará su pecado.
Escarmentar en otros es prudencia;
hacerlo en uno mismo... ¡gran demencia.

FÁBULA XVIII

El Clavel y la Rosa

Una rosa y un clavel,
en el jardín donde estaban,
sostuvieron largo rato
esta interesante charla:

Yo no sé por qué, decía
el clavel, espinas largas,
siendo tú tan primorosa,
ofrecen doquier tus ramas.
Eso no te pinta a tí;
no dice bien con tus galas;

eso es propio de cambrones,
de chumberas o de zarzas;
pero una flor de tu talle,
de aguijones rodeada,
es cosa que no comprendo
y que, a la verdad, me extraña.

—Pues no te debe extrañar,
dijo la rosa con calma;
esas espinas, querida,
están muy bien en mis ramas,
y Natura se mostró
por ello conmigo sabia.
¿Ignoras tú, por ventura
que de asechanzas me guardan?
Si alguno cogerme intenta
se clavará en esas garras;
pero a tí, que el tallo liso
tienes, y flores sin armas,
cualquiera te coge impune
y facilmente te arranca.
¿Sabes ya para qué sirven
las espinas de mis ramas?

Quedó confuso el clavel
y no replicó palabra.
¡Qué bien se explicó la rosa!
¡qué alcance tiene su plática!

quiso dar una lección
alegórica a las almas,
y para más claridad
va el fabulista a explicarla.

La virtud es una flor
purísima y delicada
que no se puede guardar
sino entre espinas muy ásperas.
Esas espinas se encierran
en una sola palabra:
¿Sabeis cuál es, hijos mios?
Mortificación *se llama.*
Si faltan esas espinas...
si ese vigilante falta...
el diablo con sugestiones,
y el mundo con asechanzas,
nos robarán esa flor
y la planta entera: el Alma.

FÁBULA XIX

La Oveja y la Cabra

Una oveja, perdida
sin saber cómo,
balaba tristemente
en todos tonos;
pues se creía
que alguna del rebaño
respondería.

Sin embargo, los ecos
de su balido

se los llevaba el viento,
no eran oidos;
y el desespero
de la pobre infelice
llega al extremo.

Una cabra entre tanto,
que estaba atada,
comía a dos carrillos
hojas de zarza;
y de reojo
fina burla le hacía
allá a su modo.

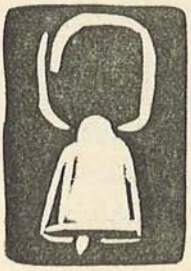
¿Qué es eso, te burlas,
cabra maldita,
al ver mi desamparo,
viendo mi cuita?
Pues tén cuidado,
que si sigues en esas
sabrás mi enfado.

Perdida estoy, cierto,
mas tú sujeta,
con esa cuerda al cuello
que bien te aprieta;
vé de soltarte,

que en ello irás ganando
más que en burlarte.

¡Agur! maldita cabra...!
trato no quiero
con gente que se burla
del mal ajeno;
¡si yo mandara...!
pero no, que es tu sangre
negra de mala.

Muy bien dijo la oveja;
habló en cristiano:
nadie debe burlarse,
ni aun de soslayo,
del mal ajeno,
porque, quien tal hiciere,
va para necio.



FÁBULA XX

La Cañamiel y el Ajenjo

En su jardín, Pedro Asenjo,
una cañamiel plantó,
y a la vera colocó
una matita de ajenjo.

A la par que rozagante
se criaba cañamiel,
crecía el ajenjo aquel
lozano y exuberante.

Llegaron a edad adulta
entrambos en el jardín,
y el jardinero por fin
dijo al ajenjo en consulta:

—Me quiere decir, por qué,
ya que análogo cuidado
que a la cañamiel le he dado,
tanto amarga su mercé?

Mientras que tú amargo acíbar,
añadió luego con saña,
zumo dulce cual almíbar,
¡maldito! me dió la caña.

¿Es eso corresponder
al trabajo que yo he puesto?
Al fuego vas, sin pretexto
ni contemplación, a arder.

Igual le dirá el Señor
al hombre malo en su hora:
dame cuenta, sin demora,
de tu vida, pecador.
¿Qué has sacado tú de tanto
como yo hice contigo?

¡Fruto amargo! Te maldigo;
no me apiado de tu llanto.
El fuego será tu hogar,
le dirá con voz severa,
y en el fuego has de pagar
tu conducta traicionera.

¡Oh niños! mientras vivais,
sed como la cañamiel,
sacando almíbar, no hiel,
en cuantas obras hagais.
Así, al final de la vida,
cuando Dios pidiera cuentas,
el alma, alegre y contenta,
podrá darlas muy cumplidas.

FÁBULA XXI

El Loro enamorado

Se refiere en las crónicas antiguas,
con pelos y señales,
que un loro enamorado
quiso dar en sus tierras un gran baile,
donde lucir pudieran
sus galas los insectos y volátiles,
con el plausible objeto
de escoger una esposa a su talante.

Todo estaba en su punto;
no faltaba un detalle.

Del salón a la puerta,
cual por acá se hace,
colocose muy tieso
un rechoncho abejorro de gendarme,
para impedir la entrada,
o no, según su ciencia le dictase.

Allí llegó la abeja
que rica miel encierra en sus panales;
la avispa, el saltamontes,
el tábano zumbante,
que a burros y caballos
les pica, les molesta y hace sangre;
el ruiseñor, el mirlo,
de cantos admirables;
la amarilla oropéndola,
que construye sus nidos con gran arte;
la urraca vocinglera,
el arrendajo grave;
la calandria y la alondra,
que trinan por los aires
antes que Febo tiña
de arreboles la puerta por do sale;
el majestuoso cisne,
orgullo de los parques;
la blanca cacatúa
de moño recurvado y elegante;

la codorniz sencilla,
la tórtola y el ánade;
la tímida avefría,
el fiero gerifalte;
el gran faisán dorado
de soberbio metálico plumaje;
la lechuza, el mochuelo,
el cárabo ululante,
y otros mil que no cito
por no hacer el relato interminable.

Todos ellos pasaron
sin que el tieso gendarme
pusiera inconveniente;
mas ¡ya verán ustedes un detalle!

A poco se presenta
con soberbio ropaje
pintada mariposa, y de bracero
dos negruzcos insectos de los Andes,
parientes, por su traza,
de los escarabajos.—¡Eh! que pase
al salón desde luego
mariposa elegante,
y aquestos mamarrachos asquerosos
ya pueden retirarse;
con esa ropa ¡cuernos!
aquí no me entra nadie.

Los pobres se marcharon
comentando el percance;
y, al ver que por el traje los echaban,
¿qué hicieron los truhanes?
Pintose el uno al otro
con rayas de colores muy brillantes,
y al cabo de algún rato
a la puerta volvieron muy formales.
El abejorro entonces,
el rechoncho gendarme,
ya no los conocía
y les dijo muy fino: ¡pasen! ¡pasen!
—¡Valiente chasco, primo,
se ha llevado el compadre...!

Que este caso suceda
no me extraña, lector, entre animales,
porque también el hombre
practica una doctrina semejante.

Si alguno, mal vestido,
circula por la calle,
apenas hallaréis quien le mire,
y menos quien le hable.
Pero si va compuesto,
si va muy elegante,

tiene francas las puertas por doquiera,
en todas partes cabe.

¡Qué conducta tan necia!
¡qué error tan lamentable!
Jamás de las personas
se juzgue por el traje,
porque, por ese medio,
señores, es muy fácil engañarse.

FÁBULA XXII

El Elefante y el Dromedario

Revolviendo papeles en mi archivo,
tropiezo con un caso
que ocurrió en un desierto
del Africa central ha pocos años,
y en esta fabuleja
quiero yo brevemente comentarlo.

Un joven elefante, nada experto,
y un viejo dromedario,
cruzando aquel océano de tierra,
cierta vez se encontraron.

—¡Hola! buen elefante: ¿a dó caminas?
¿cómo por estos barrios?
—¡Salud!, querido amigo: voy en busca
de mi padre ya anciano.

Hace ya cinco días que lo busco
y no he podido hallarlo,
ni encuentro qué comer ni qué beber
y voy extenuado.

—¿No llevas provisiones, infelice?
—De ello no hice caso.
—Pues perderás el tiempo
y la vida con él en breve plazo.

Devuélvete en seguida a tu país;
no seas temerario,
porque por estos sitios
no se puede viajar tan descuidado.

Yo cruzo este desierto sin peligro
pues supe de antemano
reunir las provisiones necesarias
para viajes largos.

—Y ¿dónde llevas tú las provisiones?
—Fíjate en mí despacio:

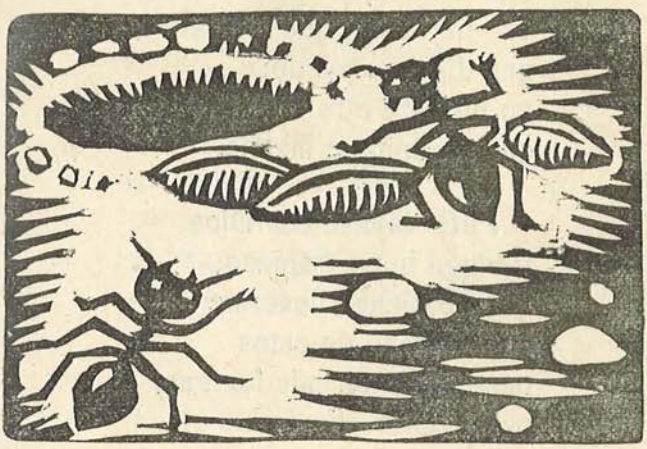
¿no ves esta joroba
como una cantimplora aquí en lo alto?

Con tiempo y con paciencia yo la lleno
de todo lo necesario,
y luego, sin apuros,
la caminata emprendo confiado.

¡Hazme caso, infeliz...! vuelve a tus lares,
a tus rincones patrios,
pues perderás la vida
en estos arenales tan ingratos.

Consejo muy prudente
fué, sin duda, el que diera el dromedario,
no solo al elefante
sino también al hombre poco cauto.
Nadie debe emprender asunto alguno
sin bien atar los cabos,
porque, si no, se expone
a un seguro y ridículo fracaso.

FÁBULA XXIII



Las dos Hormigas

Una tarde de estío
dos hormigas salieron
por caminos y sendas
en busca de alimento.

Al cabo de algún rato
tuvieron el consuelo
de tropezar con granos
de trigo fresco y tierno,
y desde luego a casa
llevarlos pretendieron.

Pero... ¡pesaban mucho!
era el trabajo recio;
y... hermana, que me canso,
una dijo, no puedo:
yo buscaré otra cosa
que me fatigue menos.

Pues váyase con Dios
y tenga buen tropiezo,
que yo pienso llevarme
algún grano de estos
para aumentar mis fuerzas,
para cobrar alientos.

Así dijo, y al punto
con astucia cogiéndolo,
poco a poco lo fué
llevando al hormiguero.
Sudó la gota negra,
pero logró su intento,
pues nada se resiste
al trabajo y esfuerzo.

Al cabo de algún rato,
después de mil rodeos,
se presentó la otra
un bocado pidiendo.

¿Ahora vienes con esas?
¿esas al fin tenemos?
¡Vete con Dios! ni pizca
te doy: que es precepto
que tiene que cumplir
todo bicho en el suelo
ganarse lo que coma
con el sudor del cuerpo;
el vago no merece
ni el pan ni el agua ajenos.

La hormiga dijo bien;
habló con gran acierto.
Comer sin trabajar
es de zánganos necios,
porque el trabajo es ley
que Dios, mil veces bueno,
puso al hombre culpable
en los primeros tiempos,
y tiene que ganarse,
trabajando, el sustento,
sudándole la frente
al par que sude el cuerpo.
El vago no merece
ni el pan ni el agua ajenos.

FÁBULA XXIV

La Mona y la Ardilla

Por un nogal frondoso descendía
una mona arrogante y presuntuosa
con empaque de un húsar de Pavía:
¡juzgábase persona la mocosa!

Al cabo se paró sobre una rama,
y, después de un momento de reposo,
se puso a remedar, haciendo el oso,
un cursi *charlestón,* como ahora llaman.

Una ardilla, entre tanto, desde un pino
observó de la mona las piruetas
y las mil caprichosas volteretas
que daba sin compás, ni son, ni tino.

La mona que la vió de aquesta suerte
contemplando su baile,—Amiga ardilla,
le dijo: ¿no se pasma y maravilla
de mi garbo en bailar? Celebro verte.

Ahora vas a aprender lo que es canela.
Me alegro estés aquí, para que cuentes
con pelos y señales a las gentes
lo que me has visto hacer.—¿Tienes abuela?

---

la ardilla le pregunta—Y la moruna:
ha tiempo la perdí; por eso quiero,
le respondió, que tú, sin traba alguna,
me anuncies como artista al mundo entero.

—Lo haré. Pero ¿permites una cosa?
¿no sabes hacer más? ¿es eso solo
lo que puedes?—Sé más—Pues hazlo, hermosa,
que yo lo anunciaré de polo a polo.

—Sé hacer el centinela: mira... ¿eh?
y servir a la mesa con finura

E. N. MAGISTERIO-CASTELLON "BIBLIOTECA"

la sopa... los garbanzos... el café...
y sé también un poco de costura.

Pero mi principal, mi verdadera hazaña,
consiste en recorrer una maroma
dando el salto mortal: en toda España
no tengo quien me iguale ¡fuera broma!

Y si no, fíjate... ¿no te parece
que no lo hace mejor un titerero?
mira qué salto... y ¡zas! allí perece
de un porrazo brutal. ¡Percance fiero!

La ardilla, que observó la costalada,
no pudo contener la carcajada,
y, con letra arabesca, en su cartera
escribió lo que sigue, a su manera:

Es la necia vanidad
un vicio tonto, maldito,
y, hablando con propiedad,
un verdadero delito.

Si la mona presumida
por ella no se guiara,
a estas fechas conservara,
con el pellejo, la vida.

Pero no lo quiso hacer,
para servir de escarmiento
al hombre, que en este cuento
tiene mucho que aprender.

FÁBULA XXV

El Escarabajo y la Bola

Por una empinada cuesta,
empuja que empuja, un día
un tripudo escarabajo
remolcaba una bolita
de estiércol, según costumbre
añeja entre su familia:
tan antigua que por ella,
en un momento de ira,
tapándose las narices,
Jove inventó la tortilla.

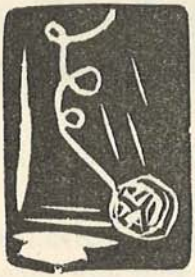
Viendo el caso, muy tranquilo,
como quien no lleva prisa,
me detuve a contemplar
a tan despreciado artista.

Aquí daba un tropezón,
allá daba una caida,
pero el tozudo animal,
con admirable pericia,
empujando con sus patas
traseras, iba hácia arriba.

Poco le faltaba ya
para llegar a la cima,
cuando el pobre, jadeante,
rendido por la fatiga,
se detuvo a descansar...
¡Nunca lo hiciera! Movida
por el viento rodó al fondo
la bola más que de prisa,
dando al traste con su esfuerzo,
con sus penas y fatigas.

Entonces vino a mi mente
de antiguos monjes la cita,
que dice: que, *por la senda*
de la virtud, quien no cuida

de seguir siempre adelante
al punto hácia atrás camina.
Bien claro, queridos niños
lo prueba esta fabulita.



FÁBULA XXVI

La Urraca y sus compañeras

Dos muchachos traviesos,
de los muchos que faltan a la escuela,
cogieron cierto día
en el bosque una urraca jovenzuela
que aún volar no podía.

Contentos la llevaron
al pueblo los golfillos;
a medias en seguida la vendieron,
y su importe en barquillos,
tabaco y avellanas derritieron.

Compró la urraca una señora inglesa,
la cual a su criada
mandó que, con esmero,
en hablarle y cantarle mil tonadas
pasase el día entero.

La fámula era diestra
y cumplió su papel a maravilla;
por lo que aquella urraca
soltó la tarabilla
y con tanto charlar daba matraca.

El avechucho luego,
ufano con las voces que sabía,
de la jaula escapó,
y al campo con su gente cierto día
a lucirse voló.

—*¡Buenos días!* les dijo
a unas cuantas que estaban en corrillo:
¡borracho va mi Juan!
¡viva España, Paquillo!
¡Olé por mi morena! ¡¡Rataplán!!

Las del campo que oyeron
aquella incomprensible algarabía...

—¿Qué es eso doña sabia?
¿nos quiere decir usía
a qué nos viene aquí con esa labia?

———

¿Sabe usté lo que dice?
¡Vaya, bruja comadre, cierre el pico!
que es zopenco y borrico
quien se atreve a decir
palabras que no sabe digerir.

¡Valiente revolcón! ¡¡qué reprimenda!!
No la diera más fuerte un catedrático
en tono filosófico-dogmático,
De oro fino es el cuento:
quien tuviere talento
y deba corregirse... ¡que lo entienda!

FÁBULA XXVII

La Oruga y la Mariposa

Volando de flor en flor,
y posándose a intérvalos,
se encontró una mariposa
con cierta oruga en un árbol.

—¡Valiente bicho más feo,
caballeros, me he topado!
¡vaya un cuerpo más horrible,
y qué patas, cielo santo!
(le dijo la mariposa
a la oruga sin preámbulos);

¡quítate de junto a mí...
que vas a ensuciarme! ¡largo!

Al escuchar tanto insulto,
la oruga miró despacio
a la mariposa aquella
y le dijo sin enfado:
—¿Con que soy un bicho feo...?
pues ¿qué eras tú no hace un año?
¿Ignoras que, como yo,
fuiste un horrible gusano?
¿no conoces a los tuyos?
¿con ellos no quieres trato...?
¡Orgullosa! merecías
que te arrancaran de cuajo
las alas, y... ¡vete ya,
grandísimo mamarracho!
solo desprecio mereces,
y yo te desprecio... ¡Largo!

¡Parece cosa mentira
que así hablara un gusarapo,
porque dijo una verdad
cual no la dijera un sabio!

A veces se da también
en el hombre caso análogo.

Algunos de condición
humilde, del pueblo bajo,
por azares de la suerte
llegan a verse encumbrados,
y desprecian a los suyos,
reniegan de sus hermanos...

No sigais esa conducta;
dejad ese orgullo fatuo.
Nunca negueis vuestra sangre,
porque, si no, un gusarapo
saldrá que os ponga las peras,
cual suele decirse, a cuarto,
y quedareis confundidos
con vilipendio y escarnio.

FÁBULA XXVIII

El Arrendajo y las Hormigas

Es corriente en la Historia de las aves,
por otro nombre *pájaros,*
que hay uno que con saña
maltrata a los demás: el arrendajo.

Este tal es muy zorro,
un ladrón descarado,
pues devora los huevos de los nidos
y los tiernos guacharros,
sin atender las quejas
que sus padres repiten a diario.

—¡Tenga su mercé piedad!
decían dos jilgueros desde un árbol;
¡por los suyos, señor,
no toque a nuestros hijos,
ya que tanto sufrimos al criarlos!

El bribón, en su audacia,
los ayes lastimeros no escuchando
de aquellos pobres pájaros,
se zampó los pequeños,
y de gusto lamíase el mostacho.

Mientras esto pasaba
subieron las hormigas a otro árbol
donde el nido tenía
el infame arrendajo,
y ¡zurra! sin escrúpulo
con los huevos banquete celebraron.

Llegó a poco el granuja;
y, viendo arrebatado
su tesoro..., lamentos furibundos
lanzaba el pajarraco,
echando por su boca
culebrones y sapos.
¡Si pillara al infame...!
¡si cogiera al bastardo...!

—Pero ¿qué se creía,
una hormiga le dijo, mozo guapo?
Con su misma moneda se le paga.
No es mi intento enfadarlo;
pero sepa muy bien, y no lo olvide,
que todo aquello malo
que a los otros hiciere,
lo tiene que pagar centuplicado.

Así reza un proverbio,
tan viejo como sabio:
quien quiera vivir tranquilo
a nadie hará jamás ni aún leve daño.

FÁBULA XXIX

Los Monos y Juan Correa

Más que fuerza vale maña,
dice un refrán veridico de España;
y, por si alguno dudara,
la fábula presente lo declara.

Un cocotal hermoso en la Guinea
guardaba vigilante Juan Correa,
pues el fruto exportando al extranjero
pensaba atesorar mucho dinero.

Unos monos ladrones, sin embargo,
pronto del cocotal se hicieron cargo.
Por la noche a bandadas acudían,
en un verbo a los árboles subían,
y este quiero, este no, sin traba alguna
le birlaban al hombre su fortuna.

El guarda entonces, irritado, dijo:
el mal hay que cortar; si no, de fijo
estos pillos me dejan sin camisa
y se quedan muriéndose de risa.

Discurre que discurre, halló manera
de que aquel robo audaz se concluyera.

Procuró en abundancia sebo duro;
y con mucho trabajo y más apuro
el tronco de los árboles fué untando
desde el suelo hasta arriba; así dejando
la superficie bien escurridiza
se figuró vencerlos en la liza.

Mas... eran muy ladinos los bribones,
y ¡vaya usté a los pillos con lecciones!

A la noche, cual antes, acudieron
y trepar a la copa pretendieron.

Pero ¡quiá! ¡vano intento! se escurrían
y al suelo con presteza se caían.

Entonces uno, entre los monos diestro,
y en marrullas sin duda gran maestro,
les dijo: ¡compañeros! no me apuro,
pues cocos comeremos: ¡yo os lo juro!

Vosotros vais a hacer lo que yo diga
sin que nadie me lleve la enemiga.

Yo me pondré debajo, bien asido
al tronco; sobre mí otro fornido
se pondrá; sobre el tal irá un tercero,
y luego los demás hasta el postrero.
El último, señor ya de la copa,
arrojará los cocos viento en popa,
y, una vez en el suelo, los cogemos
sin que nadie lo impida y los comemos.

Dicho y hecho; formada la cadena,
de estos frutos se vió la tierra llena
en menos que lo cuento, y los bribones
pudieron comer cocos a millones.

Si la maña no sirve, lector mío,
del caso que te cuento yo me río:
¡como que los refranes
no fueron hechos por pelafustanes!

FÁBULA XXX

Los Ruiseñores cautivos

Tres ruiseñores cogió
el zapatero Juan Chiva,
y en su jaula respectiva
a cada cual colocó.

Luego después, diligente,
y, mirando por su vida,
les puso allí la comida
y el agua correspondiente.

Al principio todos tres,
como locos, se agitaban
por escapar; no cesaban
de mover alas y pies.

Uno al cabo, convencido
de que salir no podía,
¡comamos, dijo; a fe mía
que no estamos mal servidos!

Y luego con limpio acento
tranquilo empezó a cantar.
¿Qué...? los otros al momento
le hubieron de preguntar.

¡Valiente necio! ¿Qué es eso?
Tú debes haber perdido,
cuando así cantas, el seso:
¡calla, imbécil! ¡ten sentido!

—Como ya no hay mas remedio
que estar preso de esta suerte,
no quiero buscar la muerte
dijo, ni vivir con tedio.

¡No ser tontos! A comer,
y a cantar cual descosidos;

lo demás es no tener
muy cabales los sentidos!

Nada vais a conseguir;
es inútil vuestro intento;
basta, pues, de aburrimiento;
resignación... ¡y a vivir!

Dijo bien el ruiseñor;
estuvo tan elocuente
que consejo más prudente
no lo diera ni un doctor.
A mal tiempo, buena cara;
eso dicta la prudencia,
y lo demás es demencia
que puede costar muy cara.

FÁBULA XXXI

El Galgo y el Lobo

¡No puedo sufrir más...! Así decía
un lebrel descontento,
que, sirviendo a su dueño noche y día,
jamás otro alimento
que un mendrugo de pan de él recibía.

Pues ¡no faltaba más! Yo me despierno
corriendo tras las liebres como un loco,
y luego... ¿qué? Al infierno
me voy, con tal que un poco
me den de lo que cace, duro o tierno!

Y se fué a la montaña.
Allí el lebrel tropieza con un lobo
astuto, nada bobo,
y, sin arte ni maña,
le contó su desdicha.—No me extraña.

Haces bien, dijo el lobo, galgo amigo;
aquí en estos lugares
sin traba alguna, cazarás conmigo,
y las liebres a pares,
comeremos.—¿De veras?—¡Cual lo digo!

Y manos a la obra
pusieron galgo y lobo en el momento.
Al cabo de algún rato ¡qué contento!
una gran liebre cobra
el galgo que, en correr, era un portento.

—No te extrañes, hermano,
que yo en esta primera
me estrene, por ser mano,
pues tengo *carraspera*
y la carne es remedio de primera.

—No tengo inconveniente,
dijo el galgo sin pizca de recelo.
Y salta de repente

otra liebre del suelo,
y el galgo la atrapó ligeramente.

—También esta me como,
dijo el lobo; pues tengo tal galipa,
tan lácia está mi tripa,
y tan sin sebo el lomo,
que, si no me la das, yo me la tomo.

¡A otra vamos! el galgo se decía.
Y salta una tercera.
Más que el viento corría...
pero el galgo, tan ducho en la carrera,
a los pocos momentos la cogía.

Y el lobo, sin reparo,
también se la engulló tranquilamente.
—¡Esto es mucho descaro...!
dijo el galgo.—¿Qué..., gruñes, insolente?
Y en el pobre clavó garras y dientes.

¡Qué lección tan tremenda!
Bien está, desde luego, que se intente
mejorar de fortuna; que pretenda
el hombre, honradamente,
pasarlo más a gusto. Pero cuente
el cómo, dónde y cuándo lo procura;

porque sucede a veces
que se pierde con creces
aquello que se tiene con holgura,
buscando una ganancia no segura.

FÁBULA XXXII

El Niño y su Papá

En cierta casa de campo
estaba el niño Juanito
pasando una temporada
por encontrarse enfermizo.

Allí saltaba y corría
cual corre y salta un cabrito,
sin cuidarse para nada
de lecciones ni de libros.
Y cazaba mariposas
o palomitas, y grillos,

cigarras y saltamontes,
libélulas y otros bichos.

También recogía flores,
como violetas y lirios,
primaveras, madreselvas,
clavellinas y jacintos.
No hay que decir que con estos
higiénicos ejercicios
y respirando aires puros,
bien saturados de oxígeno,
la salud recuperó
aquel enfermizo niño.

Por las tardes con Papá
iba a dar un paseito,
preguntándole el por qué
con acento reflexivo
de todo cuanto veía,
bueno, malo, grande o chico.
Y como el Papá era un hombre,
a más de bueno, instruído,
las preguntas contestaba
con acierto y con cariño.

Cierta tarde un gran ciclón
se levantó de improviso,

y devastó la comarca
causando mil estropicios.
Árboles muy corpulentos,
tan viejos como los siglos,
fueron sacados de cuajo
por el fiero torbellino

—Por qué los álamos son,
los nogales y los pinos
dijo el niño, los que más
con el ciclón han sufrido?
¡mira qué tiesos los juncos
y qué derecho el tomillo!

—Al árbol grande le pasan
esas cosas, hijo mío,
por tener donde cebarse
el viento; pero lo chico
no le opone resistencia
y se queda tan tranquilo.
—Ya lo comprendo, Papá;
del hecho ya no me admiro.

Pues en el orden moral
ocurre, queridos niños,
cuando de la tentación
sopla el huracán, lo mismo.

Los grandes, o los soberbios,
en su poder engreídos,
suelen rodar por el suelo,
arrastrándose en el vicio.
Los pobres, o los humildes,
fiados en el auxilio
de Dios, vencen del pecado
el huracán, muy tranquilos,
y se los vé siempre en pïé
como el junco y los tomillos.

FÁBULA XXXIII

El Cuclillo y sus marrullas

¡Cú-cu, cú-cu, cú-cu...!
Así resuena en medio de los campos
la flauta del cuclillo
al llegar Primavera a sus Estados.

¡Cú-cu, cú-cu, cú-cu...!
gritando sigue el pájaro,
y en medio de los bosques
sigue también el eco retumbando.

Mas no piensa hacer nido;
para él está de más ese cuidado;
cantar y divertirse,
y comer y beber es su ideario.

En nidos de otras aves
los huevos va poniendo con descaro,
y padres adoptivos
le sacan y alimentan sus guacharros.

Mas ¿qué sucede luego?
Que así que se los tienen ya criados
se los lleva consigo
y dice a los tutores... *¡de verano!*

¡Cú-cu, cú-cu, cú-cu...!
lejos, sigue cantando,
y el eco va perdiéndose
en el monte, en el bosque y en el llano.

¡Valiente jugarreta!
No la hiciera más limpia el mismo diablo.
Criar, sacar a flote una familia
sin apuros, molestias ni cuidados...!
Eso se llama entenderlo...
eso es dar en el clavo...
Y es que, siempre, los pillos
a costa han de vivir de los incautos.

FÁBULA XXXIV

La Comadreja y el Ratón

En un pequeño agujero
de las tapias de un corral
tenía una comadreja
su morada habitual.

Un ratón entrometido
el boquete llegó a ver,
y, sin más ni más, incauto,
allí se fué a guarecer.

A poco la comadreja
(a la hora de dormir)
se llega, y al botarate
no le dejó ya salir.

Temblando, el ratón le dice:
¡perdóname! por favor;
yo he entrado aquí sin malicia:
te lo juro por mi honor.

Perdóneme la señora,
porque he jugado este albur
sin ni oler que me aguardara
trance tan duro, tal cruz.

—No te perdono, atrevido,
impertinente roedor;
tu conducta no merece
ni el más pequeño favor.

¡Eso faltaba! que fueras
de mi aposento a salir
tan alegre como entraste...
¡¡prepárate a bien morir!!

¿Quien te indujo, mequetrefe,
a entrar aquí, sin saber

que era este sitio morada
de gente de más valer?

Y con sus finos colmillos
la sangre le hizo brotar
en el cuello, y moribundo
en la puerta fué a quedar.

El que, imprudente, no atienda
más que a su comodidad,
se expone, como el bichejo,
a seria contrariedad.

FÁBULA XXXV

La Araña de San Félix

(ANÉCDOTA)

Juzgando sin ton ni son
suelen algunas personas
hablar con poco respeto
del ser Supremo en sus obras,
porque no ven a las claras
la utilidad que reportan.

Por ejemplo: ¿para qué,
preguntan, sirven las moscas?
Y la víbora y la araña
¿qué resuelven? ¿Quién abona

la utilidad de los tigres,
de los lobos o las zorras?
¿De qué nos sirven tampoco
el mosquito y la langosta?
En fin, concluyen: que el mundo,
si no tuviera esas sombras,
muy más perfecto sería,
más útil a las personas.

Pero se engañan los tales
sabihondos a la moda;
no saben lo que se dicen;
hablan a tontas y a locas.
Todos los seres que pueblan
el mundo llenan con honra
los fines que el Hacedor
se propuso al darles forma;
y, si el hombre no lo vé,
eso nada prueba en contra.

Un ejemplito, sacado
de una verídica historia,
demostrará lo que digo
no con palabras, con obras.

Perseguían a San Félix
los gentiles, allá en Nola,

para hacerle renegar
de Jesucristo y sus dogmas,
so pena de ser quemado
o muerto de mala forma.

El santo huyó a la montaña
y se ocultó en cueva honda,
de abertura tan estrecha
que apenas cabe persona.
No bien estuvo allí dentro,
una araña bienhechora
tejió su artística red,
adornando aquella boca.

Pronto pasó por allí
de los infieles la horda,
y hubo de exclamar alguno:
—¿se ocultará en esa fosa
el sujeto que buscamos?
—Aquí no está, y me lo abona
otro repuso, esa tela
de araña, tan primorosa,
porque, al entrar, desde luego
la hubiese dejado rota;
y pues incólume está
no cabe pensar tal cosa.

Razón que les convenció,
y se fueron por la borda.

El santo ni aun respiraba;
si lo sangran no da gota;
de miedo se estremecía
allí dentro, y de zozobra.
Luego, al ver que por la tela
de la araña bienhechora
se vió libre, le dió gracias
al Señor, volviose a Nola,
y aquel bicho conservó
como recuerdo en su alcoba.

¿Sirven, niños, o no sirven
las arañas? Pues ni en broma
nunca jamás critiqueis
al Ser Supremo en sus obras,
porque su ciencia no admite
ni retoques ni reformas.

FÁBULA XXXVI

Los Pajes descorteses

(ANÉCDOTA)

Las crónicas de Aragón
un caso extraño relatan
que quisiera, amados niños,
se grabase en vuestras almas.

Alfonso el Batallador,
en la piedad y en las armas
insigne, vió con disgusto
que los pajes de su casa,

ni al empezar la comida
ni después le daban gracias
al Señor, y se propuso
corregirles esa falta,
indigna, cual comprendeis,
de una persona cristiana.

Al efecto preparó
una comida de gala
y dispuso que los pajes
con su presencia la honraran,
bien ajenos del ardid
que en ella les preparaba.

Llegado que fué el momento,
penetraron en la sala
los invitados, y luego,
según la etiqueta manda,
ocuparon los asientos
que dispusiera el Monarca,
comenzándose en seguida
el reparto de viandas.

Estando ya la comida
punto menos que mediada,
se presentó un pordiosero,
que, sin proferir palabra,

se sentó donde le plugo
y empezó a comer con ansia.

Los pajes, cual poseídos
de indignación, se miraban
unos a otros y al Rey
como protestando. En calma
siguió aquel hombre comiendo
hasta no tener más gana,
y luego se fué, cual vino,
sin decir media palabra.

—¿Qué os parece?, dijo el Rey,
simulando intensa rabia.
— Que eso es una grosería
nunca vista, y nos extraña
no hiciérades que en el acto
fuese arrojado el canalla.

—¡Hola! con que así juzgais
al intruso? ¡Muchas gracias!
Esa vuestra confesión
era lo que yo esperaba.
Pues bien; lo que el tal ha hecho
hace poco en esta sala,
estais haciendo vosotros
contínuamente en mi casa.

Nunca jamás, al comer,
he visto diérais las gracias
al Señor, que nos sustenta
con mano piadosa y larga,
y por lo tanto con Él
cometeis la misma falta.
Bueno está ya lo pasado
y en adelante... ¡a enmendarla!

Aprovechad la lección,
queridos niños. Dad gracias
al Señor cuando comais,
pensando que tal vez pasan
hambre y sed otras personas
más dignas: que es grave falta
la ingratitud, propia sólo
de gentes mal educadas.

FÁBULA XXXVII

La Piedra misteriosa

(ANÉCDOTA)

Que *Dios castiga sin piedra*
ni palo, dice un adagio,
y comprobado se vé
por la experiencia a diario.

Allá en Castilla la Vieja
ocurrió no ha muchos años
en un pueblo, cuyo nombre
no me atrevo a consignarlo,

porque viven todavía
parientes algo cercanos
de los autores, un hecho
que quiero penseis despacio.

En ese pueblo vivía
un pobre viejo, ya anciano,
en compañía de un hijo,
al que después de casarlo,
le cedió una tiendecita
con el negocio; y al lado
de aquel hijo se quedó
a pasar los pocos años
que le quedaban de vida
en el mundo. Muy amargo
era el pan que se comía,
porque la nuera a diario
sus achaques y molestias
echaba en cara al anciano.

Déjalo, mujer, decía
el marido; pocos años
le quedan al pobrecillo
que vivir a nuestro lado;
ten un poco de paciencia
y no le des ese trato.

M. N. MAGISTERIO-CASTELLON BIBLIOTECA

Luchaba entre dos cariños,
y se apenaba en el ánimo.

Pero la mujer aquella,
más mala que el mismo diablo,
insinuó a su marido
que fuera mejor llevarlo
al Hospicio, porque allí
estaría bien cuidado.
El hombre se resistía
al principio, mas al cabo
su propósito, con pena,
hizo saber al anciano.

—Vámonos, sí, dijo el viejo
con acento resignado:
yo no quiero que en tu casa
haya por mí más escándalos.
Lo que quiera que me den,
poco, mucho, bueno o malo,
no me lo echarán en cara,
me lo darán con agrado,
y el pan que coma, hijo mío,
no me sabrá tan amargo.

Y se fueron una tarde
al Hospicio provinciano.

Iba el viejo muy tranquilo,
al principio, caminando;
pero muy luego, sin duda
rendido por el cansancio,
se sentó sobre una piedra,
que allí se encontraba al paso,
y, tapándose la cara
se puso a llorar... Turbado
el hijo, exclamó: ¿qué os pasa
para que perdais el ánimo?
¡No me explico esta mudanza...
me alarma tan brusco cambio!

—Es que el Señor me castiga
por haber sido muy malo...
—Malos somos en el mundo
todos los hombres, y es raro
que solo por esa causa
esteis así sollozando.
—Es que tu abuelo también
¡y dió un suspiro muy largo...!
se sentó sobre esta piedra
hace treinta y cinco años
cuando, ingrato, lo llevaba
al mismo sitio que vamos.

—De forma que a mí también
me espera otro caso análogo?

—¡No lo permita el Señor!
—Pues... a casita picando.
Ya verá usted como allí
se acabaron los escándalos;
y si mi mujer le da,
como hasta aquí, malos tratos,
no le quedará, a fe mía,
costilla ni hueso sano.

Y en el acto, muy contentos,
a la casa regresaron,
y allí reinó ya la paz
como por mano de santo.

Meditad, queridos niños,
este misterioso caso,
porque encierra una lección
digna de esculpirse en mármol.
Si alguna vez vuestros padres,
al encontrarse ya ancianos,
carecieran de recursos
o demandasen amparo,
jamás los abandoneis,
sed de su vejez el báculo;
quitaos el pan de la boca,
si es preciso, para dárselo.

De no hacerlo, ya sabeis
que Dios castiga sin palo
ni piedra, como lo enseña
el suceso relatado.

COLOFON

Has saboreado, Lector, estas fábulas, llenas de gracia y originalidad y sospecho que quieres saber algo de quien las hizo.

No se prodiga su nombre, por desgracia, entre los literatos, y no te es familiar como los de éstos porque ha preferido lograr su celebridad y su fama en el ascético campo de las ciencias, aunque, como habrás visto, su espíritu es grato a las musas.

Don Vicente Martínez Gámez, sin embargo, no ha dedicado su ya larga y gloriosa vida a complacerlas. Ha preferido la labor de su cátedra de Historia Natural, en la que destaca como uno de los mejores catedráticos de Instituto.

Su labor científica es bien conocida en España y en el extranjero. Dedicado de lleno a ella, el Doctor Martínez Gámez tiene publicados no pocos trabajos notables. Entre

ellos un *Análisis hidrotimétrico de las aguas de Jimena,* el bello pueblo de la provincia de Jaén donde nació; *El Paraíso de las Orquídeas,* obra curiosísima, exquisitamente impresa, y una magistral *Ornitología* que la crítica científica ha ensalzado con tanto calor como justicia...

¿Cómo ibas a figurarte, Lector, que un hombre dedicado a estos estudios, tuviera aún actividad para escribir las fábulas que te han deleitado? Pues así es.

La mayoría de estas composiciones las escribió su autor cuando apenas tenía dieciocho años y no dándoles importancia, por ser obra de simple distracción y mero entretenimiento, las dejó dormir en el olvido hasta que obligado por unos amigos que se las oyeron recitar con la maestría y gracejo que suele, se decidió a publicarlas en 1924.

No tardaron nada en agotarse los dos mil ejemplares de la edición, y sin embargo, no hubiera vuelto a imprimirlas el Doctor Martínez Gámez—siempre alejado de toda idea de lucro y de vanidad, como saben cuantos le tratan—si varios amigos y compañeros suyos, entre los que celebro figurar como principal causante, no le hubiéramos obligado a hacer esta nueva edición, por tratarse, precisamente, de un género literario hoy apenas cultivado.

La fábula moral es una composición de realización difícil. Quienes la han creado, dentro del canon que su concepto clásico exige, son escasísimos. Su aparición forma núcleos aislados dentro de la evolución literaria.

Descontadas las fábulas orientales, cuya técnica es muy distinta, después de Esopo y Fedro, su imitador, que dan la pauta preceptista perdurable a través de la Edad Media y del Renacimiento, es preciso llegar al francés Lafontaine y a los españoles Iriarte y Samaniego, para encontrar un concepto destacado y original de este gracioso género literario que dejó algunas muestras valiosas en el siglo pasado.

Por eso ha de juzgarse interesantísima esta moderna aportación de Don Vicente Martínez Gámez, que ha podido infundir en la técnica literaria de sus fábulas, completamente dieciochesca, sus profundos conocimientos científicos de la naturaleza, tan felices en semejantes composiciones, a menudo carentes de ellos. Y esto lo ha logrado con tal fluidez y soltura de versificación a pesar de calar hondamente en el argumento, que sus fábulas son sencillamente encantadoras. Recuérdense las tituladas *El Caminante y la Luciérnaga, La Violeta y la Madreselva, Los dos Barbos, La Oruga y la Mariposa,* etc., etc., y se vendrá a la convicción de lo que digo.

Un libro como este, urge que se difunda en estos tiempos, que la melancolía de las malas lecturas entenebrece. El dará un destello de optimismo a los espíritus más abatidos ante la decadencia de nuestras letras que algunos académicos declaran.

Y no añado más a lo dicho porque no quiero herir con mis palabras elogiosas, aunque justas, la sin igual modestia de mi querido amigo y compañero Don Vicente Martínez Gámez, célebre e incomparable en la Ciencia y en la Literatura.

Joaquín de Entrambasaguas

Catedrático de Lengua y literatura Españolas
en el Instituto Nacional de Castellón de la Plana

INDICE DE MATERIAS

	Página
A los niños	5
Prólogo	7
El Caminante y la Luciérnaga	11
El Gendarme y el Niño	15
Los dos Barbos	17
El Caracol y la Babosa	21
La Tortuga y el Lagarto	27
La Culebra, el Ratón y el Mono	31
Júpiter, el Ratón y la Culebra	35
La Violeta y la Madreselva	39
El Leño del escultor	41
El Grillo y la Langosta	45
El Cántaro y la Fuente	49
Don Ruperto y Don Fructuoso	51
El Zorro y los Pavipollos	53
El Aguila y el Buho	57
La Mosca y la Mariposa	61
El Hortelano y el Caracol	65
El Buitre y el Cuervo	69
El Clavel y la Rosa	73
La Oveja y la Cabra	77
La Cañamiel y el Ajenjo	81
El Loro enamorado	85
El Elefante y el Dromedario	91
Las dos Hormigas	95

Página

La Mona y la Ardilla 99
El Escarabajo y la Bola 103
La Urraca y sus compañeras 107
La Oruga y la Mariposa 111
El Arrendajo y las Hormigas 115
Los Monos y Juan Correa 119
Los Ruiseñores cautivos 123
El Galgo y el Lobo 127
El Niño y su Papá 131
El Cuclillo y sus marrullas 135
La Comadreja y el Ratón 137
La Araña de San Félix 141
Los Pajes descorteses 145
La Piedra misteriosa 149
Colofón 155

OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

1. **Ornitología andaluza y de España en general.**
   Precio: 20 ptas. Agotada.

2. **Recuerdo de unas excursiones botánicas.**
   Con láminas en tricromía. Precio: 7'50 ptas. Agotada.

3. **El paraíso de las orquídeas.** Con láminas en negro.
   Segunda edición. Precio 10 ptas.

4. **Importancia de los microorganismos en Agricultura y en algunas industrias de ella derivadas.** No se puso a la venta.

5. **Datos para el estudio geológico del terreno del término municipal de Jimena** (Jaén). No se puso a la venta.

6. **Análisis hidrotimétrico de las aguas de Jimena** (Jaén).
   No se puso a la venta.

7. **Concepto de la Especie en Biología.**
   Memoria presentada como Tesis para aspirar al grado de Doctor en Ciencias Naturales, calificada por unanimidad con la nota de **Sobresaliente** por el Tribunal examinador. No se puso a la venta.

8. **La variabilidad de las formas orgánicas a través de las edades geológicas.** Precio: 5 ptas.

9. **El capítulo primero del Génesis ante la ciencia geológica.**
   Precio 5 pesetas.

UNIVER
C
C. DOC
FA